

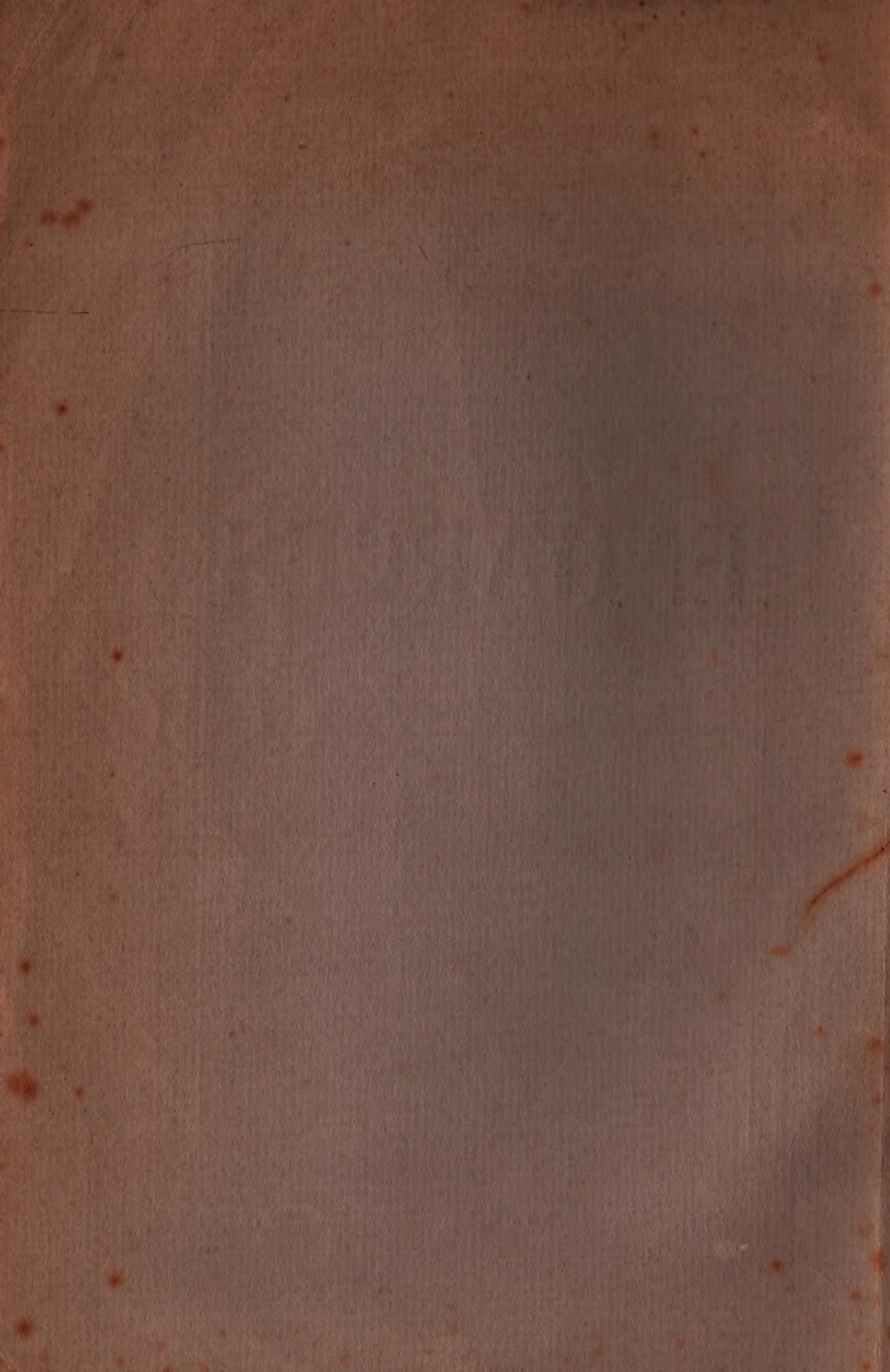
PEDRO LEANDRO IPUCHE

ENGARCES



1915

IMPRENTA LATINA — FLORIDA, 1532



131

PEDRO LEANDRO IPUCHE

ENGARCES

B. R.



1915
"IMPRESA LATINA"
FLORIDA, 1932

25 970

E.4-

190 8579.167.55

Donación, Felicia Diaz, 1997



Para José Enrique Rodó. Y basta, porque ya le
agotado los adjetivos encomiásticos en su honor.
Nota. — Si el divino maestro juzga este versosigno de
seducirles un párrafo, tendría a gloria el recibirlo.

Pedrocheandro yuche

1915

Palabras de entrada

Alguien—amigo de mi predilección—me hizo ver claramente la conveniencia de publicar algunas de mis poesías, seleccionadas precaucionalmente, a fin de preparar la atención del público para el día no muy lejano en que me toque en suerte ver respirando las auras libres a “Ca-chirla”.

Atendíle por esa decisiva razón, dando al traste con la célebre interrogación de Larra. Y, término triunfal de la resolución que tomé a partir del día del consejo, este librito llega a tus manos, lector mío, pidiéndote grandeza de alma para disimular y sinceridad para encarecer sus méritos, si es que los tiene.

A este pequeño volumen de poesías han de sucederle dos más, pues que pienso dividir en tres partes la producción que me he decidido a dar a la estampa, y cada parte irá con un librito correspondiente.

Aquí veréis algunas de las poesías que espiqué entre las mejores que tengo, donde me dió por pensar—aunque no muy hondo—al compás de la música rítmica. En el segundo tomito irán mis poesías amorosas; y el tercero será para esta Patria mía que de tantas veras quiero.

Publicadas en esta forma mis poesías, espero obtener una ganancia satisfactoria, y una facilidad, respecto de la extensión y volumen, para hacerlas conocer.

Lo primero espero conseguirlo considerando lo poco pesado, y, por ende, llevadero que resulta, en esta época de material ajetreo e incuria intelectual, el leer libros de pocas páginas. Con efecto, los mismos intelectuales, espantados de las obras de gran volumen que tratan una misma materia o desarrollan un argumento complicado, preferimos darnos al *enciclopedismo*, libando en todas las flores del saber y del decir, con ese nervosismo y premura que plasman fatalmente a los diletantes azogados.

Y lo segundo créolo obtener por una razón tan sencilla como digna de ocultarse para que los que puedan hacerlo la husmeen, y le apliquen el remedio *condigno*. ¡El dinero para editar! Todos sabemos lo qué se paga... por página en este bendito país.

Vayan, pues, estos versos a buscar repercusiones fraternas, o a sugerir ideas y sentires. La poesía vale por lo que despierta o sugiere más que por lo que pueda convencer. ¡Convencer con versos! Esto ya ni se debe decir. El arte docente reclama la prosa... y tal vez no la más cumplida y refinada.

Todo lo que he publicado hasta hoy, exceptuando el folleto “Pro aris et focis” y dos o tres poesías de última data, dése por no escrito, si no se ha de mirar como balbucios o vuelos primerizos de mi musa joven, y si no os cuadra mal, todavía incipiente.

Cuando salga "Cachirla", mi verdadera obra, a la que llevo consagrados siete años de mi vida, hínqueseme la pluma sin lástima, si es que en ella se llega a notar muy a las claras mi ineptia para acometer y llevar a coronante término un libro de aliento; y sobre todo, si es que en ella se puede ver—mirándola con imparcialidad—que he perdido criminalmente el tiempo que pude haber aprovechado en un menester cualquiera, más para mí que una obra de la naturaleza de la que pretendí hacer.

Por ahora, mi suprema alegría está en ver cómo un libro superior que leo me señala, con su índice simbólico, horizontes más lejanos y altitudes más inaccesibles de las que dominaban mis ojos; en considerar lo seguro del avance, en cuanto al fondo y forma de los versos que escribo, por la facilidad, cadencia y calor de la expresión; en sentirme cada día más ungido de ese óleo sagrado de la poesía, y más acerado en las rémiges para sostenerme en un vuelo perpétuo sobre las torres fronteras al cielo de la inspiración, donde cantan las ondas etéreas, se filamentan en radiaciones de ópalo y zafir las estrellas, y el aliento de Dios pasa, como un milagro, encendiendo las áureas hogueras de las auroras!

P. L. I.

Mayo 1915.

A la campana estelar

(Para María Eugenia Vaz Ferreira)

... Y he aquí que los astros cantan...

Campana estelar que pones de fiesta los cielos primaverales:
Haces bailar las ideas con los acordes músicos del ritmo;
Invades el corazón con las gracias conjurales del éter;
Y anuncias el nuevo día con la pascua que portan tus sonidos.

Bienvenida la terneza jovial de la campana diamantina.
Vibran, a su eficacia, las moradas del dolor y del cariño;
Y en las torres solitarias, donde el ave desplegó sus trinados,
Vuelve a brillar el marfil, al sol, al ave canora, propicio.

Esa campana asteroide es del porvenir musical. ¡Eureka!
A sus influencias órficas, labremos las montañas impolutas
Que yacen en los abismos.
Con el secreto gracioso del milagro vayamos a extraerlas;
Pongámoslas sobre los hombros ciclópeos de las inspiraciones;
Y empecemos con tesón a erguir las paredes del edificio.

... El ¿quid novis? mantendrá latentes nuestras ansias inmortales.
Seremos los poseídos del embeleso frágil de los niños
Para dar alma a las flores con la mirada intensa del poeta;
Pero un hombre informará la traducción de fuerza del espíritu.

Gracia y fuerza: hombres y niños. Seremos la armonía acariciada;
El ajuste milagroso. Dios será el numen del verbo prolífico.
La gran reforma vendrá a poner en los ojos lo benévolo.
Todos seremos la curva del Máximo Arquitecto que convierte
El pensamiento y la acción a un terminal coronamiento altísimo.

Campana estelar: preside nuestros fecundos ocios constructores;
Alimenta con las luces de tus vibrares nuestra *sophrosyne*,
Nuestros laboreos íntimos.
La arcádica eteología de nuestro bucolismo venidero
Requiera de tí su savia, su esplendor, su eurtimia, su permanencia;
El vigor de su dominio.

Porvenir—troquel: rosas serán las lacerias actuales y viejas.
... Que las líneas y los números canten en la estética comprensiva
Que fundirá en su crisol lo que alienta, delinea o es motivo
De solaces y de aguces para el ingenio y la razón humanos.
Despojémonos de escorias, vanidades, falacias, prevenciones.
Campana estelar: amóldanos al vaivén ascendente de los ritmos.

Haz que nuestro tirano—el verso—cual interlumíneo rey informe
Pensares y sentires. ¡Todo sea música; palabra—alimento;
Presagios aurorales; vuelos núbiles; brotes y escancias prístinos!
Flores hasta en las ciénagas; paz interior; explaye omnisidéreo.
Cada uno satisfecho de sí, de los demás, de sus obrajes.
Campana estelar: Bienvenida. Por tí nos sentiremos divinos.

Noviembre 1914.

Vida interior

(Para mi queridísima hermana Juanita Bernarda)

En la quietud del alma solariega
Me consagro a avivar el pensamiento,
Escanciando la miel para la vida
En el cáliz de luz de los recuerdos.

Vida interior para morir por fuera;
Vendimia de los sueños,
Para adobar el mosto de las bodas
De la núbil idea con el plectro...

Tal vivo yo. Tal soy. Un solitario
Gozoso del portento
Del dominio de mí. Por los boscajes
Anímicos revuelo.

Con el rocío de la gracia joven
Baño las flores del jardín secreto,
Donde anuncia la alondra de mis años
Amaneceres nuevos.

¡Déjenme así las ansias señoriales,
El dispendioso medro,
En la augusta pobreza de mis torres
Caladas en el oro del silencio!

Octubre 1914.

¡Vamos, dolor!

(Para Julio Raúl Mendilharzu)

¡Gracias, Señor, por los dolores todos;
 Por los golpes de luz
 Con que has formado un hombre de este niño,
 Y puesto en el camino!...
 ¡Gracias, señor!

Has adobado el corazón. Me siento
 Nuevo por el dolor.

Todo se ahonda, se ama, se comprende;
 Se compadece, se desprecia y vence;
 Se admira, se venera y enaltece;
 Nos arranca las lágrimas;
 Nos aprieta las sienes,
 Y oprime la garganta;
 Nos obliga a escupir;
 A caer de rodillas;
 A cantar, a subir;
 A amalgamar el pensamiento informe;
 A someter al freno las ideas;
 A apagar los volcanes del amor;
 A encender las heladas de la muerte,
 ¡Por tí, dolor,
 Padre, hermano, Señor!...

Me han herido... La sangre
 Se convierte en la miel de mi panal.
 Agria es la miel así.
 No importa. Yo la endulzo.
 Tengo nectarios de romero,
 De yatahí,
 De azahar,
 En los sanguíneos glóbulos
 De mi pecho—broquel;
 De este horno de carne construído
 Para dorar el pan
 Del amor y la gloria...

Ahora:
 El dolor puede amasar;
 Puede la masa apuñar;
 Y puede en la levadura
 Ser pródigo de su sal;

E infundir todo el sabor
Suyo en el alma del pan.

Sin el dolor ya no me siento macho.

¡El en mí!

¡Vamos, hermano!

Abrazados sigamos.

Así...

Vamos a ser sinceros por el mundo;

A decir la verdad;

A lanzar frases fuertes.

Vamos a derramar

La música que entona

Las energías lánguidas;

Que un pasado revive,

Y habla de una mirada

Que, lejos, parpadea

Con vaga nitidez....

Que resplande en las pupilas;

Que revuelve el cabello,

Y desparrama por las cuerdas todas

De los nervios, temblores....

A predicar tolerancia;

A confundir fanatismos;

A darnos en sacrificio

Por los buenos ignorados;

Por los caídos;

Y por los que tienen sed,

Y seca la cisterna del espíritu!

Y como el ciervo que en su vientre mata

Sus hijos que han de ser esclavos,

¡Matemos nuestros pensamientos,

Nuestras ideas y palabras,

Si es que ellos han de ser el germen

De la claudicación!

¡Gracias, Señor, por el dolor!

¡Gracias, Señor!

¡Vamos, dolor!

¡El báculo es de hierro de la vida!

¡De cuero de carácter el zurrón!

¡Vamos, dolor!

Montevideo, Octubre 1.º 1913.

Evangélica

(Para Víctor Escardó y Anaya)

Escucha, hermano mío. Si tuviere dos panes,
Y por uno llegares a mí, lisiado, hambriento,
Si yo no os diera un pan, sacadme de las manos
Los dos, para que purgue con hambre mi dureza.

Si vinieres a mí, sitibundo poseso,
Y yo alzare mi vaso donde el agua fulgure,
Pedidme de beber; y si no os complaciera,
Arrebatañme el vaso; vertedle la bebida;
Y en las piedras rompedlo, para que nunca más
Mis labios refrigere en el vaso maldito.

Pero, hermano. Si llegas a mi lado, y me ves
Comiendo pan amargo de afán y de dolor;
Si me ves, sorbo a sorbo, bebiendo agua de lágrimas,
Seguid ligero, hermano, que vos seréis más rico
Que yo.

Bajo de los harapos tendréis paz interior.
Vos seréis poderoso. Yo el raro limosnero
Que os pediré algo más que un poquito de agua;
Que un pedazo de pan.
¡ Ah, vos seréis más rico
Que yo!

Diciembre 8 de 1914.

Al amigo lejano

(A José Rodolfo Lanza Mariath.—Villa Devoto).

De vez en cuando, los recuerdos vienen,
Y llaman a la puerta,
Y yo abro despacito, entran callando,
Y en el alma se hospedan.

¿Qué quieren?—Yo lo sé, y ellos lo saben:
Todo camina o rueda,
Pero, cuando se siente, lo que pasa
Deja en el corazón su íntima esencia.

Poblando en mí, yo siento esos recuerdos
Que hablan en mis orejas;
Que arden en mis glóbulos sanguíneos;
Y hacen vibrar mis nervios como cuerdas.

Yo siento esos recuerdos peregrinos
En la noche que llega;
En la tarde que muere; en los crepúsculos,
Cuando doran las sombras las luciérnagas;

En la aurora que cuaja su tesoro
En su clámide egregia
Con rocíos en flor y ténues rayos
De la última estrella...

Y viviendo conmigo esos recuerdos,
El pasado despierta;
Se corona de luz; mudeve las alas;
Y en los días de ayer, alumbra y vuela.

Aroma de jazmín y de espinillo;
Mi nativa trigueña;
Trinos del cardenal que en los palmares
Tiene la pajarera;

Caricias del alero; sones hondos
De la amiga vihuela
Encintada de azul en las clavijas
Que reza, llora y ruge cuando suena:

Todo habla del amigo que está ausente,
Cuando la blanca reina
Discurre por el cielo, y en el alma
La luz solar de viejos días entra.

Aire de amor que las distancias vences,
Y en las almas gemelas
Vuelcas la aspiración que las hermana,
Derramando la miel de las ausencias,

¡Lleva al amigo el jugo de estos pagos
Que mis versos aprieta;
Y que hablen los recuerdos, mientras vuelve
A traernos el sol la primavera!

Junio de 1913.

Verdades sutiles

I

(*Para el eximio escritor Francisco Alberto Schimca*)

Llevo dentro de mí un amigo que, a veces,
Abre todas las puertas hondas del corazón;
Y labra con los rayos solares una huerta
Donde irradia el diamante en floral eclosión.

Amigo un poco raro. De repente, se encrespa,
Y cerrando las puertas, en la noche me hunde...
Si los dos ojos abro para buscar los cielos
Obstruye mis visiones;
Y oprime mis anhelos
Sedientos de efusiones
Con cordeles tensivos hechos con afiecciones.

Y en esta desazón, la esperanza se arrima;
Conversa con mi espíritu; le transfunde sus bríos.

Teje horizontes nuevos el alma conjurada;
Desata con su anhélito la luz de las estrellas;
La góndola opalina pone sobre las ondas...

Y ese amigo me mira con ojos iracundos.

—¡Tú de ese modo?—¡Nó!

Yo soy el dispensero de tu felicidad.

De mí depende, hermano,
Tu plácida sonrisa. La marcha del reloj
Que marca tus momentos de pobre sér humano.—

Y arropa el horizonte con un poncho (1) de nubes
En donde los relámpagos rabiosos latigüean;
Levanta vientos bruscos que ascienden, apagando
Las estrellas; desciende precipitadamente,
Y somueve las aguas y las olas inquieta;
Les golpea en los hombros; las rechoca en la frente
De la roca costaña; y entrando al corazón,
Sega todas las flores; los tallos despedaza;
Y al sentirse extranjera, de mí se desenlaza
La esperanza que engendra viveros de ilusión.

Bajar de las alturas supremas donde nutre
 La lira sus acordes; donde se gesta el parto
 Del pensamiento rítmico;
 La idea musical;
 La esencia de la mente;
 La médula del alma,
 En la matriz gloriosa del genio y de la forma,
 Hasta la sima-fango de este mundo insular,
 Donde un Sancho legisla,
 Y gobierna y consagra;
 Donde se traba el fértil impulso del amor;
 Y se mata al nacer el vuelo imaginero;
 Y los quijotes viven
 Con la adarga mohosa y los ojos sin luz:
 Eso es formar sepulcro con rastros de una cruz.

Es el ave cumbreira que pasea el ramaje
 —Como un harpa aeriforme—
 Del árbol cuya copa tiene licor de estrellas;
 Ave que rueda un día de la altitud astral;
 Y, atadas las dos alas por las traidoras curvas
 De un impensado viento, cae en el cenagal.

El insomnio nos signa la hoz de las ojeras;
 El sueño nos promete fementidas quietudes;
 La cabeza deforma la almohada confidente;
 Y los dedos temblantes las sábanas estrujan...

No bajar de la altura cegante: eso es vivir.
 Descendiendo un poquito, se comienza a morir.

Las aves de los cielos anidan en las nubes,
 Y de rocío viven, de pétalos de lirios
 Y de luz estelar.

Dios las tiene en la mano; los ángeles las cuidan.
 Y si quieren comer, no hacen más que volar.
 Y si quieren ser útiles no hacen más que cantar.

Pero, mientras el hombre forrado de materia
 Conlleve en su interior temblores de laceria,
 La vida ha de ser ésto, por desgracia o por suerte:
 Un poquito de vida y un poquito de muerte.

Marzo de 1914.

(1) Poncho pongo y no manto u otra cualquiera palabra gastada de puro repetida. Los americanos tenemos muchísimas palabras para sustituir y aún mejorar palabras castellanas. Nadie ama más que yo la lengua de nuestros padres históricos; pero nadie ama más que yo su nombre de americano. Y creo que expresarse hasta donde sea posible con giros, vocablos y modismos a lo americano, debe ser un deber honorífico para nosotros y una novedad admirable para los españoles.

II

(Para mi gran maestro José Enrique Rodó).

El tiempo que nos mata es quien nos da la vida.
Por él nace el recuerdo de lo que ayer murió.
Tiene al presente el alma con la tea encendida,
Y aguarda lo que llega al compás del reló.

Vivimos un momento que el ansia eternizaba,
Y al irsenos sentimos el vacío en el pecho.
Hoy un amor nos hace de la atención su esclava,
Y mañana precario nos es lo satisfecho.

El porvenir nos muestra a lo lejos las vides;
Aprestamos las manos a las caras vendimias;
Y aveces, al llegarnos,—incautos adalides—
Sentimos engañadas las promesas eximias.

Pero el tiempo es un mago opulento en las curas:
Todo tiene remedio para ese Patriarca.
Pone una rosa abierta sobre las amarguras.
Para comprar recuerdos hay monedas en su arca.

Al alejarse el día de expansiones joviales,
De besos primerizos, de estrenos balconeros,
El tiempo va formando los *días ideales*
Que son en nuestra vida los mejores remeros.

Labra en nuestros espíritus las encantadas grutas,
Donde la hora propicia suele irradiar aveces,
Poniendo oro y diamante en ancestrales rutas
En que andan nuestros sueños, amores y altiveces.

Si algún poco de barro tuvo el ido momento,
El tornasola el barro con lumbrés imprevistas.
Trueca en nueva armonía nuestro antiguo lamento.
Con nuestras vidas hace que seamos artistas.

Vivid, amad, no importa que pasajero sea
Nuestro camino ilustre de soñadores crónicos.
¡Yo sé que hay *mucho eterno* en la luz de la idea,
Y que son nuestros pasos ondulares sinfónicos!

No contemos la vida por los años que pasan.
Bien puede ser un sueño, un beso, una emoción,
Mil años condensados que en un momento amasan
El pan de una existencia plena del corazón.

El tiempo es limitado, pero el alma es eterna.
Si gustamos del tiempo es por la eternidad.
Pongamos nuestra ofrenda de vida en la cisterna
Donde se acendran pocos para esculpir su edad.

Ha de quedar en ella nuestra vida suprema:
 —Flor y nata en el sueño, el pensar y el sentir.—
 ¡Y ha de cristalizarla en inmortal diadema
 AQUEL que sólo sabe crear, ser y vivir!

Marzo 30 de 1915.

III

(Para mi queridísimo hermano Juan Carlos)

¡Quién me diera ser niño! ¡Quién me diera reír
 Ante la luz triunfante y el campero verdor!
 ¡Quién me diera cantar! ¡Quién me diera vivir
 Sin esfuerzos de ánimo, a todo mi sabor!

Tener el corazón como un vaso impoluto,
 Donde temblara el alma como un ala del sol;
 Rendirme a lo espontáneo; y sazonar mi fruto
 Con savia de alegría en mi freme—crisol.

Ajeno a la sapiencia presuntuosa y a todo
 Lo que ata los impulsos y remansa el torrente.
 ... Agua que no se mueve se amalgama en el lodo;
 El sentido común es el Vero sapiente.

Hacer vivir el verso por la serenidad;
 Estamparme en la estrofa con suprema verdad.

Indiferente al necio, al dómine, al taimado,
 Ser dueño de mi casa. Cultor de mi cercado.

No desconfiar. No darme a la obsesión falaz
 Que turba la cabeza, y deshace la paz.

Poner cauce a los nervios. Enrielar la obsesión
 Para que anime el parto de la imaginación.

Destronar con un golpe, volitivo y triunfal,
 La neurosis hermana, cuando nos haga mal.

Consciente de mi arte quisiera ser, Señor.
 Tener el alma limpia de malsana inquietud.
 Volcar sanas ofrendas en el ara interior.
 Y una cuerda de juicio atarle a mi laud.

Ser un hombre y un niño: espontáneo y viril:
 Roca con un surgente hilo de agua sutil.
 Labrar en mis entrañas un perpétuo rosal,
 Donde nunca se note la rampa de un reptil,
 Y la plácida abeja enmiele su panal.

... Sea mi vida un piélago; mi góndola el amor;
 Mi lira sea el remo; yo sea el remador;
 Y la verdad, la gracia y la gloria el fanal.

1915/15/10.

8101-11-11A

Bodas espirituales

Citaredo, citaredo,
Citariza esa tu cítara
En los jardines azules
De mi alma florecida.

Hay un lago en que aletean
Las estrellas escondidas,
Y donde un cisne no duerme
—Gondolero de vigilia.

Hay campos por siempre verdes;
Perennales golondrinas;
Churrinches — traje de fuego;
Viudas de nieve prístina.

Hay rocío iridiscente,
Y una adónica capilla,
Donde al aire musical
Hace un incensario—lira.

Citariza, citaredo.
Estamos de fiesta íntima:
Hoy viene a mí la esperada,
Y en mis versos requerida.

Hoy viene la mariposa
De las alas sutilísimas
A buscar en el espíritu
Flores que no se marchitan.

Citaredo: ya el silencio
Se hace carne y melodía
Al entrar al corazón,
Y despertar sus mil fibras,

Y ella a la góndola salta,
Y el cisne rema a porfía,
Y en los jardines anímicos
Irrumpen luces polícromas...

Citaredo, citaredo,
Citariza esa tu cítara;
Al mundo todas las puertas
Cierra, y para adentro vibra,

Para adonde nadie turbe
La paz de unas bodas íntimas,
Donde todo es transparencia,
Sueño, espuma y armonía...

Citaredo, citaredo,
Citariza esa tu citara...

Abril, 1913.

Elegíaca

(Con motivo de la muerte de mi querido

primo hermano Gumersindo Casáñez)

¡La juventud muriendo! ¡La primavera,
Coronada de nieve, brotando espinas!
¡El jardín sin un gajo de enredadera!
¡Y los techos tempranos sin golondrinas!

¡La juventud muriendo! ¡Los surcos secos!
¡El arbusto caído, pidiendo fruto!
¡La bandera brillante deshecha en flecos!
¡El harpa con las cuerdas llenas de luto!

Primo bueno: La vida pasó a tu lado
Con cortejo de estrellas y de venturas.
La llamaste nervioso, con trino alado,
Y te enseñó la vida las manos duras.

La vida es un secreto. Présagos vagos
Son sus risas y lloros y soledades.
Hace ver claros cielos junto a los lagos (1)
Y labra entre los pechos lentas saudades.

La vida es una novia de intensas dudas
Que reparte sus flores cuando lo quiere.
¡No lo quiso, buen primo! Las horas rudas
Vinieron. Y el que sufre se vence o muere.

El arbusto, los surcos, la primavera,
El jardín, y los techos y la bandera,
El harpa con las cuerdas llenas de luto,
¡Todo me emociona, todo me doblega,
Todo en un ambiente de dolor me anega!...
¡Por eso es amargo mi eternal tributo!

Mayo 1.º de 1911.

(1) ¡Quién había de decirme que hoy, después de más de tres años, había de definir al recuerdo diciendo de él, que no es otra cosa que el dolor vengándose de la felicidad! ¡Rara consecuencia de poeta!

El nido está roto!

*(Para mi querida hermana Laudelina, después de
haber visto el hogar viejo arrumbado.)*

¡El nido está roto! ¡Nuestro viejo nido,
En donde emplumamos entre diversiones!
¡El nido está roto! ¡Quién lo ha derruido?
¡Las lluvias, los años, Dios o los ciclones!

La nuestra casona, donde las leyendas
Batieron sus alas de hierro y jazmines;
Donde las heridas siempre hallaron vendas,
Y las auras frescas rezaron maitines;

La casona antigua, plena de añoranzas;
El arca de incienso de mi edén perdido,
Aguila vetusta, sin sol ni esperanzas,
Con las alas rotas, hosea se ha rendido.

¡Pobre nido viejo! Otros, friamente,
Harán en tu espalda no sé qué estructura;
Pero, el nido viejo que tiembla en mi frente
No será el que se alee. ¡Tú eres sepultura!

Laudelina hermana: tú, que ves al nido
Disperso y confuso, cual canto suspenso,
Besa sus escombros... ¡el polvo querido!
Y dile, aunque no oye, que en él vivo y pienso.

¡Nido lugareño, nido inolvidable,
Donde nuestra vida pasó entre ilusiones!
¡Sobre tus ruinas—ofrenda laudable—
Ponemos, llorando, nuestros corazones!

Febrero, 1911.

El poeta se va...

(A Carlos Roxlo).

La patria del tero, la de los zorzales;
La de las tacuaras y los cimarrones;
La de las lagunas de inmensos cristales;
La de los ramajes llenos de canciones;

La patria de Artigas y la del *cielito*;
La de las *milongas*, el *gato* y el *triste*,
Que hace del coraje su cívico rito,
Y con sus estrellas de blanco se viste,

En mis cuerdas llora por tu despedida
Con el hondo llanto de las madres buenas;
Con el llanto rudo que labra la herida,
Y hace del espíritu manantial de penas. . .

Pensando en tu huerto, donde el sabiá llora;
Lejos de tu rancho, donde canta el día,
El manso recuerdo te dará una aurora,
Y harás con sus tintes la eterna elegía.

Tu lira de homérica de nuestra Iliada
Necesita lloros, nostalgias, saudades:
¡El ave rebelde, cuando está exilada,
Anima los trenos de las soledades!

No olvides, poeta, las frescas gramillas;
Los ríos que bordan los sauces llorones;
El halcón que vuela sobre las cuchillas;
La taba, las yerras y nuestros fogones.

No olvides la patria, la madre doliente;
La de las leyendas y la del trabuco;
Donde la guitarra despeja la frente;
Donde se ama al trébol y se juega al truco.

Canta desde lejos el canto sereno
De Ulises, soñando su querida Itaca;
¡Y vuelve algún día, como un viejo heleno,
Pidiendo el aroma de nuestra albahaca!

Abril de 1911.

Grandeza y amor

I

(Para mi querido padre Juan B. Ipuche).

Hombre, niño de siempre, ¿para qué querellarte?
Si sabes conducir tu corazón inquieto
Habrás hecho conquista del más difícil arte,
Pues él es perdidoso, impulsivo, indiscreto.

Hombre, ¿de qué te quejas?—¿Deja de lamentarte!
Vive como un poeta en el sacro respeto
De los demás. Alégrate de ser un baluarte
Donde fecunde tu alma su productor secreto.

Ve en todo un aliciente, un color, un aroma;
De pronto, vuela en águila; arrulla de paloma;
Ve en el gusano hermano la libélula presta;
Remuévete en la música con tus internas alas;
Las palabras aviva; somete las escalas;
¡Y pasea el espacio propiciando la fiesta!

II

Eres, hombre, el arcón de los recuerdos vivos;
La paleta en que privan matices milagrosos;
La barca en que el presente con sus remos activos
Anda a la ansiosa búsqueda de futuros gloriosos.

Tú dominas y pueblas los espacios altivos;
Te rinden sus entrañas los antros cavernosos.
Eres señor de todo. Los puntos más esquivos
Se agrandan a tus lentes ávidas,—prodigiosos.

¡Oh, señor de las aguas, del suelo y del espacio!
¡Llor a tu potencia, mayor que la del Lacio!
...Tus alas, y tu pica, y tu ciencia y tu acción,
Vengan a ser benéficas, mirando buenamente
Todo lo que se arrastra, lo que vuela o que siente....
¡Domina, niño-hombre, pronto, tu corazón!

Julio 1914.



Trilogía de panteísta

I

¡ Viva la luz del sol y el matiz de las flores!
¡ Viva el lienzo cerúleo del espacio de fiesta!
¡ Viva el agua que ríe desde los surtidores!
¡ Viva la pajarera triunfal de la floresta!

¡ Viva la grama húmeda en donde los brillos
Del rocío se irisan, enjorando la cuesta!
¡ Vivan las alas libres, los nidos, los colores,
La música, los ríos; el campo hecho una cesta!

En el alma remueven sus alas los anhelos,
Y a los sueños que bogan despliegan sus pañuelos;
Las ideas relumbran en un nimbo auroral;
Dentro del pecho baila el corazón: ¡ lo agitan
El amor que lo invade; las luces que palpitan
En la eclosión jocunda de un sol primaveral!

II

Lo anunciaron los pájaros tempraneros. Hacía
Mucho tiempo que el sol no azulaba las ondas.
Sobre el piélago ecúreo la gran mano del día
—Después de abrir ramares y picos en las frondas—

Las cortinas opacas con fruición descorría,
Esplendiendo en azul las techumbres redondas.
Se hizo la vida luz, y color y armonía;
Y así fueron posibles las noctívagas rondas.

¡ Cuánto grisáceo tiempo de nieblas y de lluvias!
¡ Cómo añoraban todos las mañanitas rubias
Que calzan sus sandalias en el nuevo arrebol!
¡ Las tardes que se esfuman en la sangre y el oro
De un esplendor muriente! ¡ El lunario tesoro!
... ¡ Señor: yo, como Oswald, os digo: "¡ Dadme el sol!"

III

Eché sobre mis hombros la túnica festiva;
Las rosas más tempranas exornaron mi frente;
El harpa cancionera pulsé con ansia viva;
Y un creador relámpago iluminó mi mente.

A los pies de su reja donde el aura furtiva
Recoge los suspiros de su alma surgente;
Donde el naranjo enlaza sus gajos con la oliva,
Fuí a lanzar, efusivo, mi gozo transparente.

Un mainumby movía el azahar. Y ella,
Con sus manos de estuche y sus ojos de estrella,
Bañaba de recuerdos la música sonora...
Era de tardecita... El tiempo con sus dedos
Urdía en mi memoria los sutiles enredos...
(Y ella es en mí, de entonces, *sustancia pensadora*.)

Julio 1914.

Post comunión

I

Hemos andado juntos por los altos trigales
De aquel Dios sembrador de las rubias guedejas;
Hemos comido el pan, en anhelos cordiales,
Con que el Pastor azul regala a sus ovejas.

Hé visto tus dos manos—vasos sentimentales—
Puestas piadosamente sobre las blancas rejas
En el comulgatorio—que es mesa de inmortales,—
Los ojos en deliquio; las mejillas bermejas....

Dios ha bajado al valle del otero. Ha venido
Con el cuerpo radioso; con el fuego encendido
Que consume las pajas de nuestra tibiedad;
Ha puesto en nuestro espíritu su cayado y su hato;
Ha gustado del sitio; se ha ensimismado un rato,
Y después nos ha dicho: "Eso es amor. ¡Amad!"

II

Dios es amor. Tú entiendes la afinidad constante
Que hay en todo. El amor es el jugo y la flor.
El sacude las ramas con la savia triunfante,
Y relumbra en los pétalos bajo el solar claror.

Es más vasta y más honda la fórmula creante:
"Comed esto", que aquella del germinal temblor:
"Hágase todo". Una: es un Dios palpitante;
La otra, sustancia, formas, impulso ordenador.

Tú eres mía. El poeta se te ha dado. Su lira
Ata a las cuerdas trémulas lo que siente ó suspira
Con una nueva música, que tiene aquel sonar
De tu voz, tan extraña, tan tersa y luminosa,
Que es como si rezara el alma de una rosa...
(Y esto es lo que hé sentido después de comulgar).

29 de Junio de 1914.

La muerte de Sócrates

El crepúsculo helénico sus nostalgias diluye;
Y el espíritu errante de la brisa otoñal
En el soto palpita, donde el aroma fluye
Al sentir de sus alas el roce fraternal.

El ave soláriegas sus cantigas concluye
En la oquedad del nido tejido en el ramal;
Al Poniente la última irradiación confluye;
Y la noche despliega su mortaja nupcial.

El plácido Maestro oprime la Gran Copa.
Tiene el temple del mártir que la conciencia arropa,
Y dice que la muerte por la idea es crisol.
Y cuando el sorbo trágico con la muerte disputa,
—¡ Critón! — exclama el genio viril de la cicuta:—
A Esculapio... No olvidéis... ¡ A mí me llama el sol!

1909.

Helénica

Himniza la cigarra sobre el valle esponjoso;
El eneldo se enarca, al compás de la brisa;
Y el laurel con que Venus ciñe al dios melodioso
Brilla como la manta de una sacerdotisa.

El cielo es una lira. El trirreme orgulloso
Resbala entre las ondas que, ufano, el remo sisa;
Y bajo las palmeras del templo armonioso
Una paloma juega, y las plumas se alisa.

La noche como un hada con cortejo de estrellas
Viene. La luna luce sus piadosas centellas;
El genio del silencio se dispone a dormir;
Cruza un sátiro lúbrico; las ninfas desaparecen;
En el lago los cisnes, como rosas, se mecen;
¡ Y el Olimpo sacude sus ansias de morir!

1910

Bravía

En las ancas del asno siempre está la riqueza.
Bajo de los harapos relumbra el corazón.
Arden los ideales en la humilde cabeza.
El oro del avaro no suena una canción.

Para ser hombre digno daos a la vileza;
No levantéis la frente buscando una ilusión;
Revolved en la ciénaga la virtud, la entereza;
Cabalgad en la audacia sin brida ni razón.

¡Ah, tiempos! ¡cómo sufre el varón solitario
Dueño de sus pasiones; el hosco carcelario
Que se encierra en sí mismo para gustar la luz!
¡Yo vibraría un látigo para signar los hombros
De los simuladores,—dignos de ser escombros
Para afirmar sus plantas el que arrastra una cruz!

1914.

Medallón de Eros

Dos misterios devela la afinidad amante:
La primera mirada,—maga descubridora
Que denuncia las almas por la senda iniciante
De los ojos que esconden en el fondo una aurora.

La primera palabra,—el sonoro diamante
Del amor, engarzado en la voz tembladora;
La lumbre de la estrella, por la gracia, sonante;
El abismo hecho rosas que la lengua desflora.

Cuando dos ojos abren con llave luminosa
De nuestra simpatía los portales de rosa,
Todo se tornasola con su luz conjural;
Y cuando la palabra a la visión se aduna,
Habla el sol y deslíe sus jazmines la luna,
Y se hace en las entrañas el milagro floral!

Mayo 9 de 1915.

Tus ojos

I

Son tus ojos azules dos ventanas amigas
Que, bajo las quietudes del véspero otoñal,
Se abren a la añoranza de las viejas cantigas
Del trovero rondeño en la noche ideal.

En mis días nublados, cuando entre las fatigas
Requiero un sedativo, acuestas con mi mal;
Me acereo a esas ventanas, y en mis ansias mendigas
Impetro sus clarores de paz sentimental.

Ojos que estáis vibrando en mis huertas internas;
Alas de luz del alma; milagrosas lucernas
Que sois sangre en las venas y en el pecho temblor:
¡Desde que os hé sondado me siento un hombre nuevo;
Os gusto, si descanso; y si camino, os llevo,
Flores de camalote de mi río de amor!

Junio 1.º

Tus manos

II

Tus manos taumatúrgicas son de carne de estrellas.
Ponen a mis tumultos temple de diapasón.
Cuando mi frente tocan irradian en centellas,
Y ondula en mi cerebro un mar de creación.

Saben toda armonía de movimiento. En ellas
Paladea el cordero de albugíneo vellón
De mi vida, la sal del amor. ¡Las descuellas,
Y son dos diminutas torres de inspiración!

Manos hijas del ritmo. ¡Oh, magas creadoras,
Que hacen del abanico alas recatadoras,
Y rutilar matices en opresión de luz!
¡Esas manos pudieran bajarnos de los cielos
Lámparas asteroides y peregrinos velos,
Y convertir en cetro, con su gracia, la cruz!

Julio 1.º

Tu cabellera

III

Se cuenta de una isla remota que los mares
Guarnecen con la túnica inmensa de cristal,
Tejida por cien árboles de ramas tutelares
Que esos árboles tienen muy sensible el ramal.

Una figura aérea, de espumas y azahares,
Con los rayos jazmíneos de la luna estival,
La ramazón conjura, y emergen los sonares
De amarteladas cántigas. ¡La isla es orquestral!

Así, tu cabellera: un sensible ramaje.
Arde tu pensamiento, y se siente cordaje,
Bajo el toque de gracia de mi astrífero amor.
¡Oh, cabellera—escala! ¡Harpa profusa! ¡Campo,
Donde el trigo armonioso relumbra con el lampo
De los versos lumíneos del gayo trovador!

Agosto 1.º

Tu boca

IV

Un joyel de promesas; un panal de delicias
Es tu boca en que sangra un granado en sazón.
Atesora palabras al ensueño propicias;
Rítmos que el pecho ajusta al carnal diapasón.

No hay dones más aceptos ni más frescas primicias
Que los besos que esplenden en floral emoción
De esos labios benévolos, portadores de albricias
En la mañana nueva de un día de pasión.

Boca, que es una huerta de azahares unidos;
Que cuando viste al aire de músicos sonidos
Hace temblar las flores en la paz del vergel;
Perenne escanciadora del néctar del cariño:
¡Cuándo te miro siento la porfiadez del niño,
Y atándote a mis labios, me embriago de miel!

Setiembre 1.º

Tus pies

V

Dios hizo de tí un ángel cuya misión suprema
Era extender el lienzo de luz de los albores;
Encender, al tramonto, la lámpara—diadema
Y el carbón diamantino de las etéreas flores.

Pero, al ver en el mundo una orfandad extrema
De ideales, de sueños, de goces interiores,
—¡Camina!—dijo Dios.—Tus ténues alas quema,
Y vuela con los pies—nuncio de los amores.

Aveces, confirmando el soplo originario,
Parece que volaras; y el cantor solitario
Recuerda que viniste, también, para llenar
La copa azul de una aspiración inmensa:
—¡Amor de mujer—ángel!—Verdad que se condensa
Al sentir tus sedantes rumores del llegar.

Octubre 1.º

Tu cuerpo

VI

—Dadme la nube regia donde el bláncor perdura;
La que ascendió a los aires de la linfa del lago
En que el agua es sensible, y el misterio murmura
De los amaneceres y el crepúsculo vago.

Bañadla en los rosales de una aurora madura,
Cuando los rosiclères tienen un róseo mago.
Yo animaré un espíritu—inmortal levadura—
Para darle cadencia, vibraciones y halago.—

Y así esplendió tu cuerpo donde la línea canta;
Con ritmo en los andares; música en la garganta,
Y en los ojos el nido de la luz pasional.
Cuerpo que tiende al vuelo, cuya sombra es caricia;
Diamante de leyenda, cuyo entalle es primicia:
Por donde vas infundes el secreto jovial.

Noviembre 1.º

Trisagio de ególatra

(Para el notable poeta Angel Falco).

I

Tenaz, hasta el dominio de la fiebre,
Entallo en mis cedrinas concepciones
Con mi morosa placidez de orfebre
Mi vida de pensar y de pasiones.

No hay estrella, no hay flor que no celebre.
Soy un vivero de predilecciones.
Dejaré de volar cuando se quiebre
La rémige de luz de mis alones.

Con un rayo de sol tengo mi día;
Con un cendal de luna me adormezco,
Gustando la asteroide pedrería
De ese cielo que exalto, y no merezco.
Hay un fruto de muerte que apetezco,
Y es la poma inmortal de la Poesía.

II

Indiferente a todo lo que puede
Macular mis ensueños entrañables,
En el vaivén mundano sólo obsede
La ilusión mis castillos infranqueables.

Mi orgullo de poeta a nada cede;
Es mancha lustral de miserables;
Sólo a un gentil acatamiento accede:
Dos ojos de mujer son los culpables.

Hago sensible con la maga rima
La sustancia escondida de las cosas;
Mi escondite sagrado es una cima
Inmune a toda suerte de raposas;
Y en mi jardín interno siempre anima
Un rocío de esencias milagrosas.

III

Nací para poeta, y es en vano
La trabazón del freno. Se desboca
En insólito vuelo soberano
Mi fantasía, como santa loca.

Mariposa de luz que fué gusano,
De la ciénaga fuí; gané la roca;
Y en la ascensión de un vértigo extrahumano
Hoy mi revuelo las estrellas toca.

Madre locura: vivo por tu encanto.
Tengo un modo de ver que me enajena;
En un perlero cristalizo el llanto,
Y me hace rey el cetro de una pena.
Por un amor demandando una cadena.
No quisiera ser buey para ser santo.

Ofrendaria

Desde que entré con mi silencio altivo
En el jardín de luz de tus encantos,
La vida es para mí toda motivo,
Y la naturaleza toda, cantos.

La chispa virgen me ha tocado en vivo,
Y un ánfora formó para mis llantos;
Y en un dominio de pasión concibo
Mis impulsos fecundos por ser santos.

Nunca mis versos—alas inextintas—
Fueron orlados con sedosas cintas,
Ni mis ideas se sintieron flores.
Tú has hecho la conjura del milagro;
Y por eso, en ofrenda, te consagro
Mi vida de poeta,—toda amores!

Oct. 1914.

De viaje

(Para mi gran amigo Mario Falçao Espalter).

Un Ruisenior del Rhin grabó un poema,
Más que en el libro, en la memoria mía:
Era un templo velado en la suprema
Orfandad de la luz de un mediodía.

La sombra donde quiera confundía
Forma con alma; guijarrón con gema;
Mas, de pronto, la luz se hizo armonía,
Y el templo rutiló como diadema.

En el renuevo de alma tal se opera:
Remalla lo común su enredadera
En el templo interior. Está desierto.
¡Y un día sale el sol en una andanza;
Emerge el campanario en la mudanza;
Y es todo, en el espíritu, un concierto!

Diciembre 24 1914.

Contrastes

(Para el brillante literato Guzmán Papini).

I

Yo siento todo tempestuosamente.
No puedo dominar las impulsiones
De esos relámpagos, de esos ciclones,
Que, cegándome, cruzan por la frente.

Marejada de hondón de mis pasiones,
Debajo de mi cuero hay un torrente;
Y arden mis huesos por el roce ardiente
De mi sangre, mi carne y mis tendones.

Una mano me empuja, y no la veo;
Un súbito temor mata un deseo;
Mi voluntad es juego de balumba;
Mi cabeza es un cráter; y en mi pecho
Crepita un fuego nunca satisfecho
Que ha de rojear la tapa de mi tumba.

II

Sinembargo, se atregua esta ardentía;
Una templanza anima mis pensiles;
Y una sedante y apacible umbría
Dosela mis anímicos pretilles.

Se abrevan mis afanes más febriles
En la cisterna en que se baña el día;
Restauro mis empaques señoriles;
Y es todo, en mis adentros, armonía.

Arrebatos de mar, y su encalmante
Rapidez; cambios bruscos de la altura;
Un ángel-fiera; ciénaga y diamante:
Tal el hombre, su esencia y levadura.
¡Sólo una fé, divina y dominante,
Puede fundir todo eso en estructura!

Dic. 1914.

El arte

(Para mi buen amigo Gustavo R. Laborde).

Es la emoción cuajada en una idea;
Es el amor fundido en pensamiento;
Es el matiz que canta; y es la tea
De la gruta ancestral del sentimiento.

Es el jardín, en donde señorea
La forma sustancial; es el aliento
Que fecunda, y esmalta y centellea,
Animando la estrofa y el concento.

De perfección ansioso, da a la espuma
De la palabra irisación sublime;
Convierte en harpa élica la pluma;
En el cerebro su blasón imprime;
Y con su incienso el corazón sahuma
Para elevarlo a Dios que lo redime!

Templanza

(Para José Luciano Martínez.)

Refrena con el golpe volitivo
El potro de los nervios que te exalta.
Tén conciencia. Sé el borde reflexivo
Donde el turbión, al rebotar, se esmalta.

Quiero en tí movimiento acorde y vivo,
Y nó brusca ascensión que al cielo asalta,
Y al sujetarla un lazo discursivo
Viene a humillarse más cuanto más alta.

Tén un grano de sal para la vida,
Y un verso como flor para la herida,
Si es que el dolor te muerde en las entrañas,
Fecúndate a tí mismo. Ata el impulso
Sin razón y sin fin. Mantén el pulso,
Y aprende a ser señor de las montañas.

Julio 16 de 1915.

La enredadera azul

I

La enredadera azul de los amores
Ha enjorado las tapias de mi vida
Con un claro poema de colores
Y una urdimbre de luz desconocida.

Mis suspiros perduran en las flores;
Y en la savia vital rueda encendida
Mi sangre, transfundiéndole calores
Con la virtualidad de alma escondida.

La enredadera tiene más de un año.
Nunca pudo secarla un desengaño;
Jamás el interés rompió sus cuerdas.
... ¡Recuerdas, mi Rolina, aquellos días
Que hoy muestran en las ténues lejanías
La Anunciación adónica? ¡Recuerdas?

II

Yo buscaba, con hambre deliquiosa,
Una mujer de carne, donde hubiera
Vibración de raudal, alma de rosa,
Y un halo promisor de primavera.

Una mujer que, al verme, me quisiera;
Y, al recuerdo, con ansia nostálgica,
En el río, en la flor... ¡siempre me viera,
Sintiéndose capaz de ser mi esposa!

La búsqueda triunfante, tuve presos
Mis admirados goces. Cantos, besos,
Soñares de camino, omnipresencia:
Tal fuiste en mí. ¡La enredadera vibra,
Y cada gajo es una humana fibra
De mi pecho, colmado de tu esencia!

III

Aunque el tiempo secara las raíces
De nuestra enredadera, me parece
Que, al tocarle las hondas cicatrices
El recuerdo, de golpe reverdece.

Resurrección de amor, idos matices
Cuya médula un día remanece:
¡Dejadnos, por el cielo, ser felices,
Pues que mi amor a ella crece y crece!

Reguemos nuestra azul enredadera:
Por una flor, palacio es la tapera;
Por un arco de sol es rey el día.
Enredadera azul, dosel eterno,
¡Vuelca tu sombra en el jardín interno,
Y déjanos seguir bajo tu umbría!

23 Febrero 1915.

Parabólica

I

En un país donde lo raro priva,
Y lo insólito es consuetudinario,
Un monarca con pecho de sagrario
Prodigaba su amor como agua viva.

Al ver que un gavilán hiere, y derriba
Una paloma, envuelta en el sudario
De su sangre inocente, una efusiva
Compasión le hizo odiar al victimario.

—Desde hoy cada paloma aeronauta
Sobre las alas llevará una flauta
Donde el aire, al rozarla, sonorice.—
¡Y al volar las palomas como en fiesta,
El espacio palpita en una orquesta,
Y el milano, rendido, las bendice!

II

Ilusión que a fundirse en esperanza
Tiende, al nacer con remoción de pecho;
Sanas palpitaciones; bienandanza;
Júbilo superior del satisfecho,

Son palomas expuestas al acecho
Del pesimismo, que su vuelo lanza,
Y a la banda en descuido se abalanza
Con dura garra y corazón estrecho.

La voluntad, que es el monarca amable,
Debe enflautar la banda peregrina
Para rendir el pico miserable
Que interiores palomas asesina,
¡Y hacer que un optimismo perdurable
Nos pueble en una orquística divina!

Sbre. 1915.

Vida alta

El amor a la vida es quintesencia
En el sér superior, pues por la vida
Puede dejar con su arte o con su ciencia
Su estatua por los siglos esculpida.

Amar la plenitud de la existencia
Para trazar la curva definida
Que ha de dar madurez a la conciencia,
Es tener equilibrio, luz, medida.

No llegues, primavera, a sorprenderme
Con las manos vacías, mientras duerme
La apatía infecunda en la cabeza.
¡Quiero vivir para cantar, alzando
Mi estatua musical, pues voy juntando
Mármol labrado en trozos de Belleza!

Sbre. 1915.

Gotitas de luz

I

¿Tú no has sentido, mi amor,
El nemoroso concento
Que se difunde en el viento
Con un sonante dulzor?

¿Tú no concibes la flor
Convertida en pensamiento,
Realizando el portento
Del perfume pensador?

Yo canto mejor que el ave,
Cuyo trinado suave
Es milagro de efusión,
Cuando tú, **flor pensativa**,
Surges, diáfana y viva,
Temblando en mi inspiración.

II

Si me tentaran:—Tuyo es
El mundo, el aire y el oro,
A trueco de que no estés
Esclavo de otro tesoro;—

Yo, que soy desinterés,
Y la riqueza deploro
De aquel que, atado de pies,
Pende de un bolsón sonoro,

Diría:—Un verso sentido
Es un tesoro escondido,
Y es un mundo y un espacio.—
Y al asirme a tu balcón,
Gritaría el corazón:
—¿Todo por tí? ¡Más despacio!

Tus labios

I

El cántaro de mi boca
Quiere el agua recoger
Que a mi sangre pone loca
Cuando la suelo beber.

Vierte tu linfa en la roca
De mi sentir y mi sér:
¡Si el alma tu labio toca
Hombre nuevo me has de hacer!

Tengo sed. Vengo a tu pozo.
Abandoné el calabozo
De mis lacerias satánicas.
¡Agua, mi bien, de tu vaso!
¡Agua, mujer, que me abraso
En mis ardencias volcánicas!

II

Remanso de mis vaivenes;
Oasis de refrigerio;
Anfora carnal de bienes;
Copa de vida y misterio;

Cinta grana con que tienes
El mar de tu interno imperio;
Ventalle para mis sienes;
Para mis llagas, cauterio...

Esos labios son tiranos
Por esquivos; más que humanos
Por pureza de intención.
Ungen, inspiran, encienden;
El alma a sus bordes prenden;
¡Y valen un corazón!

El algibe interior

I

¡Esclavo, firme! ¡Albedrío,
El algibe desagota,
Donde el pensamiento mío
Se empapa, se nutre y flota!

¡Déjame el pecho vacío!
¡Extráe la última gota!
¡Me congela con su frío
El alma esa fuente ignota!

Ese algibe fué un remanso,
Donde colmaba el descanso
Su sed de luz y color.
Bulló un tiempo, y me abrasaba,
Pero me refrigeraba
Una mirada de amor.

II

Y ahora el hielo letal
Pobló el alma, y llegó al fondo,
Y es una mansión tetral
Todo el recinto redondo.

Esclavo: el balde fatal
Revuelve por lo más hondo,
Y el garrucho, por mi mal,
Alce lo que más escondo:

Una decepción verduga
Que corporizó en tortuga
Para enturbiar mi vivir.
¡Esclavo, firme! ¡Desagua,
Que en la última gota de agua
Sabré el vivir del morir!

El ciego

...Lo hé leído con verdadero deleite.

(De una carta de Zorrilla de San Martín

a Pérez Petit hablando de este poema).

(Para ese gran corazón que se llama Carlos Roxlo)

PRIMERA PARTE

I

El conoció las cosas por su forma y color.
Los ojos que relumbran en centellas de amor.

La madre aderezaba lo que Manuel traía
Con el sudor pagado, cuando su frente ardía.

La guitarra en sus manos, en las noches de ronda,
Era estuche de ensueños para la novia blonda.

Veinte años vibraban en sus músculos ágiles,
Y en los deliquios únicos de sus miradas frágiles.

Todo le sonreía en su pobreza augusta:
El trabajo, evangelio; y los deberes, fusta.

Cuando el saco verdoso de sus hombros colgaba,
A la lumbrer casera, jubiloso, tornaba.

—Hijo: tú eres tñ bueno con tu pobre mamita....—
Y el decía al besarla, rendido:—¡ Pobrecita!—

—Cuando faltó tu padre, yo trabajé por tí
Más que por mí. Tú eras más que yo para mí.

Puse, al darte los pechos, miel en el corazón;
Y en los ojos, ternura; y en el alma, ilusión.

Y por eso has salido tñ manso y cariñoso.
Yo te hice un cordero. Otras... hacen un oso.—

Y el hijo desprendía los ritmos de su amor
Agradecido. Aquello era el fruto y la flor.

II

—Madre: ya te lo hé dicho, pronto me hé de casar.
Elena será mía y tuya en este hogar.

Tú la conoces bien. Tú no ignoras que ella
Tiene alma de niña, y claridad de estrella.

Sabe coser. Sus manos, como de una muñeca,
Conocen los cantares sublimes de la rueca.

Sabe adobar comidas. Sabe regar las flores.
Y cuando borda, urde poemas de colores.

Sabe querer. Su pecho es horno de cariño.
Sabe rezar. Su fé es la risa de un niño.—

—Bien, hijito, que venga. Ella es digna de tí.
En estas soledades revuele el maynumbí.

Ella será la vida que a mi lado se inicia,
Pues yo ya estoy muy vieja.... y pasé de novicia.

Yo soy como el tapial, y ella es la enredadera
Que enguirnalda las tapias. ¡Venga la primavera!—

Y ella vino. Los tres fueron para entregarse.
En aquellas holguras supo el amor holgarse.

El traía la harina; ella apuñaba el pan;
La vieja alzaba el fuego en cotidiano afán.

Como el amor es germen, y el sureo el tallo eleva,
Un día apareció de la sagrada gleba

Un tallo con dos ojos de un azul transparente
Que hizo irradiar de gozo de la abuela la frente.

El pájaro nacía en su jaula de oro.
La pobreza, también, es pródiga en tesoro.

Nunca ha sido el amor patrimonio del rico.
A veces en un ave de carcomido pico

Los trinados más hondos y más tersos se encierran:
¡Los gajos más valiosos a las ruinas se aferran!

¡Salve, hermana pobreza, productora de luz!
Una riqueza estéril es miserable cruz

Que agobia con hastíos, y la moliceie fragua.
¡Pospongo a los imperios un poquito de agua!

III

—Elena: hoy el trabajo pasará como un sueño.
Allá, tendré los brazos; aquí, el amor, rondeño.

Hoy haremos la mina, donde formar el pozo....
Tengo mucho que hacer, pero es mayor mi gozo.

La ganancia del día es para festejar
La aparición del sol en nuestro pobre hogar.—

IV

—Manuel: ya formé el hueco. A golpes de martillo
Se rompió el cortafierro.—¡Vamos a ver la mecha!
Hoy salta todo el mundo cual carcelario grillo.
¡Bien que merece el chico una mole deshecha!—

—Que vuele todo, pero... disparemos nosotros...
Cuida que con el día de humedad talvez cueste
Encender... — Allá voy. ¡Parecen unos potros
Corriendo con tal susto! — ¡No queremos celeste!—

Se adelanta aquel bárbaro obrero a la hendedura;
Interna la inflamable mecha resueltamente;
Y se acuerda del hijo, y un golpe de ternura
Le hace temblar las manos y rebrillar la frente.

Con rapidez enciende; con premura se aleja;
Y al ver que sigue el tiempo sin estallar la masa,
Resuelve aproximarse. ¿Será pólvora vieja?
¿O talvez la humedad la inflamación retrasa?

—Manuel: vé a ver con tino. Muchas veces engaña...
La mecha es traicionera...—¡Calla, sino ha prendido!—
Y se acerca el minero. Ninguno lo acompaña.
Con efecto, por algo, demora el estallido.

Cuando escucha “¡Cuidado!” explota en mil fragmentos
La piedra. Y se le incrustan en las manos crispadas,
En el lívido rostro y en los ojos sangrientos
Pedriscos desgranados de las grietas rajadas.

Sólo se oyó un gran grito, y de su cuerpo el tumbo;
Después, despavoridos, todos sus compañeros
A la espalda lo echaron, y se fueron con rumbo
Al hogar del caído,—los rostros agoreros.



V

No murió, y quedó muerto. Sus ojos se apagaron.
 Los pedriscos rompieron las córneas. Ya no hay luz.
 Los párpados cual alas contraídas cerraron
 Las órbitas sangrientas. Ya se agostó el capuz.

Las llamas del espíritu, súbitas, intranquilas,
 En vano serpentean en los ópticos huecos.
 ¡Ya no hay lumbre que anime las deshechas pupilas!
 ¡Las pestañas no son más que funéreos flecos!

VI

Preguntadle a aquel ciego que las calles recorre
 Quién es. Y él os dirá una historia sentida.
 Es legendario. Todo el mundo le socorre,
 Pues sabe que aquel hombre fué un mártir de la vida.

El arranca a las cuerdas de la amiga guitarra
 Las tristezas que entrañan en música de ciegos:
 Unas lejas saudades; un gemir que desgarrar,
 Y a su sonar hondísimo mezcla aroma de ruegos.

¡Saudades de los tiempos de las rondas! Ayer
 Era rubia la novia; hoy la novia es muy negra.
 Si hoy de las cuerdas surge un rostro de mujer,
 Esta es, más que una novia para el ciego, una suegra

La vieja que miraba por los ojos aquellos
 Que vibraron un día, calentando un hogar,
 Adoleció de muerte cuando se vió sin ellos,
 Y una tristeza trágica la comenzó a encorvar.

Y una mañana el ciego, al escuchar gemidos,
 Tanteando las cosas, una cara tocó
 Fría, sin contracciones... unos brazos tendidos...
 Y el borde de una caja... Bien en vano llamó.

El lazarillo anémico que lo guía es su hijo;
 Aquel recién nacido cuando explotó la mina.
 ¡El día en que nació comienza en regocijo,
 Y en noche sin levante para siempre termina!

Rodolfo, el lazarillo, tañe la pandereta,
 O con un clavo toca el triángulo sonoro;
 Extiende su manita, que la voz interpreta
 De una limosna. ¡El hambre que clama por el oro!

Todos le dan. A veces, el de las manos secas,
 —El avaro—se escurre, esquivando ser visto;
 Y el chico, muy discreto, hace irónicas muecas...
 ¡Para él ha de silbar el látigo de Cristo!

El ciego es un poema de carne del dolor.
 Cuando mira es por dentro para se resignar.
 El alma y él se entienden. Dueño de su interior,
 Con lágrimas secretas sabe reír y amar.

VII

Siempre al café llegaban a cantar y a pedir.
 Un día los artistas con un raro interés
 Miraron a Rodolfo. ¡Había que salir
 Del paso!—el director lo dijo, descortés.

Aquel chico podría deshacer el obstáculo:
 Era un drama propíneo para fama y dinero:
 Un ciego rey caído que se apoya en el báculo,
 Y abandonando el trono, huye del motinero.

Perdida la familia con robos y degüellos;
 Desgarrada la túnica y la corona rota,
 El rey, entre las llamas, vomitando resuellos,
 Con un hijo de esclavo salvaba en su derrota.

—¡A conquistarlo!—todos se dijeron, después
 De consultarse.—El chico fué llamado. Y allí,
 Alejado del ciego, en los desnudos piés
 Sintió brillar sandalias de engastes en rubí.

El soborno sacrílego; la seducción nefasta
 Fué ungida con los sorbos del champaña. En la boca
 Del lazarillo aquello fué infundir la entusiasta
 Entrega de su vida a una esperanza loca.

Rebasando el oído de promesas y halagos;
 Con la avidez surgente y cambiante de luz,
 Miró al ciego; ¡y sus ojos, despreciativos, vagos,
 Le hundieron sus miradas como clavos de cruz!

VIII

—Nos ha dejado el hijo. Yo te acompañaré.
 ¡Quién sabe adónde ha ido! ¡Ah, qué ingrato que fué!

No importa. Tal vez vuelva. El amor es imán.
 —Mujer, ¡si no nos quiere!... ¡Ya ves, me saca el pan!

—Déjalo. El hijo pródigo... ¡no recuerdas?... volvió.
 —Elena, aquello es fábula... y ésto... *lo veo yo*...—

IX

Rodolfo, seducido, se fué con los artistas,
 Trocando sus harapos en vestidos costosos.
 ¡Adiós, las privaciones! ¡Qué vengan las conquistas!
 ¡Los derechos de un joven deben ser ambiciosos!

¡Qué vida diferente han de mirar mis ojos!
 Atado a los tanteos de un ciego nunca haría
 Abrir al porvenir los azules cerrojos.
 ¡La pandereta siempre a hambre sonaría!

Bien es verdad que el ciego es mi padre... ¡Mas qué?
 La vida es de cualquiera, y todo sér la da.
 ¡A ser libre! ¡A vivir! ¡A gozar! ¡Ya se fué
Mi ceguera del alma! ¡Nada se perderá!

Lazarillo bastardo: hay algo más que tú,
 Por la maldad ingénita, no puedes entender:
 ¡El andrajo a los ojos de Dios es un tisú
 Cuando el amor es lámpara, y la luz es deber!

X

Los dos—Manuel y Elena—los parques recorrían,
 Y a las veces tomaban en las plazas asiento.
 Los mujeriles dedos laboriosos tejían:
 Y la guitarra siempre modulaba un lamento.

En puertas franqueadas al sol y a la largueza
 Pedían. Las alforjas alojaban el pan.
 ¡La hogaza transustanciase, por magia de pobreza,
 En bocado sabroso, si los buenos la dan!

XI

Un día en una feria, adonde acostumbraban
 Ir, para conquistar la pitanza en mendrugos,
 Oyó el ciego en un corro frases que lo angustiaban.
 ¡Si era cierto, los hombres eran más que verdugos!

¡Un asilo! El gobierno, atento a enormes quejas
 De obstrucción al pasante, de insistencia del hambre,
 Decidió sujetar la ceguera a las rejas,
 Y atar la libertad con una red de alambre.

¡Ah, los del petitorio! ¡Burócratas y avaros
 Con manos aferradas al cuello del botijo!
 ¡Hombres de alma-roquedo, de cínicos descaros!
 ¡Los que hacen *filantrópica* la faz del crucifijo!

Tendrían nuestros ciegos un jardín enverjado;
 Patios, naturalmente, con cercantes cerrojos;
 Sirvientes, buenos platos, reposo... mas tapiado;
 Claustrales diversiones... ¡Todo ¡ay! menos los ojos!

Cuando Manuel concluye de escuchar la lectura,
 Los del corro lo miran con taimada ironía.
 —¡Aprovéchate, pronto! ¡Cuida la cerradura
 Que ha de apretar tus pasos en una cueva fría!—

La amargura recóndita le ungió el borde del labio;
 Después, *en represalia*, aprestó la vihuela;
 Y por ser obsecuente hasta el fin de un resabio
 Hizo ondear la música como sonora estela.

Y tragando sus lágrimas que, en pugna por salir,
 Le anudaban el pecho, fué su canto un gemir.
 Y para dar ribetes de alegría discreta,
 —¡Elena,—dijo el ciego,—tañe la pandereta!—

XII

—¡Yo en un asilo, Elena? Es menester huir.
 Aunque no tengo ojos, amo la libertad.
 Lo esencial en el hombre es andar, es vivir.
 Con ojos o sin ojos, yo siento esa verdad.

¡Conque el ciego no es libre? ¡ah, qué malos que son!
 ¡Pedir es un delito? ¡Qué duros para dar!
 Mi frente sabe erguirse, buscando una ilusión.
 La libertad bien puede sin los ojos mirar.

Las cosas que yo antaño ví en su real color,
 Hoy el aire que aspiro me las suele adentrar
 Trocadas en aroma, en roces de sabor...
 ¡Es el vaivén de un ala que se hace familiar!

Aunque no veo, *siento*. Yo sé si sale el sol.
 El tiene alma en la luz, y eso es para sentir.
 ¡Cuando muere en la gloria del último arrebol,
 El sueño me lo dice... y me voy a dormir!

¡Vámonos! ¡Yo soy libre! andando estoy tranquilo.
 Con ojos o sin ojos, quiero vagabundear.
 ¡Hombres sin corazón, guardáos vuestro asilo,
 Que mi mano mendiga no os ha de importunar!

Cuidad que las riquezas suelen traer cegueras.
 Algún día desnudos nos hemos de sentir.
 ¡Arriba, cerca al padre, se rompen las barreras,
 Y el hombre es lo que es, sin dar y sin pedir!

¡Vámonos! ¡Yo soy libre! Hay solares lejanos
 Por ahora, mi Elena, donde andar libremente.
 Al que da sin reparos, quiero extender mis manos.
 ¡Hay luz de agradecido todavía en mi frente!

SEGUNDA PARTE

I

A todo autor le es dado por un milagro expreso
 Hacer rodar los años por los rieles del seso.
 Y en esta historia mía, desbastada y sencilla,
 Se va a operar adrede esa tal maravilla.

El tiempo ha blanqueado la cabeza del ciego,
 Y ha puesto arrugas hasta en los labios del ruego.
 Un pañuelo recubre la cabeza abatida,
 Y un báculo sostiene el caer de su vida.

La guitarra, ya rota, suena hasta por la grieta,
 Sin ocultar lo amargo del són la pandereta.
 Elena lo acompaña. ¡Todavía no ha muerto
 Para Manuel la última umbría del desierto!

Desdentada, andrajosa, con el carrillo agudo,
 Sus dedos aun remallan con andar pacienzudo.
 Casi maquinalmente ha enhilado un gorrito
 Para un párvulo nuevo. ¡Persiste en un delito!

La integridad del sexo concluye con la muerte.
 Un hijo es como un nieto. El cambio es de esa suerte.
 Cuestión de nombre sólo; pues la madre y la abuela
 Son lo mismo: un instinto que el amor siempre vela.

II

Han cruzado extensiones de yermal expresión;
 Sotos, donde la brisa es profusa canción.
 Vados, donde las guijas esmaltan la ribera;
 Montes, en donde el sol—padre luz—reverbera.

Campos, donde la hacienda relincha, exulta o pace;
 Lomas en que el matiz sus opulencias hace.
 Han conocido pueblos—colmenares fecundos,—
 Donde los brazos labran yelmos para los mundos.

Villorrios recostados en la falda del mar;
Y poblachos de chozos... donde háy poco que dar.
Y siempre aquellos ojos cerrados preguntaban
Por un hijo perdido... Los abiertos miraban.

Inútil miramiento. Confusión... parecido...
Pero, el hijo deveras... a la postre, perdido.

III

Jauría de lebreles aéreos son los vientos.
Azotan los relámpagos con látigos de llamas
Que avivan, en alternas, los montes macilentos,
Y hacen arder de angustia las sacudidas ramas.

Cual carro que se tumba, y se iergue rodando,
Los truenos, aguijados por los relampagueos,
Cruzan las extensiones, los ecos redoblando;
Prolongando en las sierras sus roncantes jadeos.

Volcada sobre todo la inmensa copa oscura
Inunda, diluviando su trágica bebida;
Y los rayos fulminan su colmada bravura:
¡Es la orgía macabra por el mundo extendida!

—A la ciudad, Elena. ¿No dices que la ves?
—Vamos. Nos queda poco. ¡La noche es infernal!
El relámpago alumbra las torres... —¡Ah, mis pies
Se resisten, Elena! ¡ayúdame! ¡ando mal!

Lucha el viento conmigo; me abraza, me sujeta...
¡Empújame, mujer!—A mí también me ataja...
—Caminemos de arrastro... ¡Cuida la pandereta!
Así andamos mejor... ¡Con la vihuela baja!

El huracán golpea el cordaje... ¿No sientes?
Parece que una tumba sonara... ¿No es así?
¡Suena, guitarra mía! ¡Tú no engañas ni mientes!
¡Tú eres mejor que el hijo! ¡Tú eres hija de mí!

IV

Extenuados, transidos, los pies en rajaduras,
Con las manos en sangre y temblor persistente,
Se guarecen, ya entrados por las calles oscuras,
A las puertas labradas de un palacio imponente.

¡Verdadero Calvario fué el llegar hasta allí!
¡La guitarra por cruz y el viento por sayón!
—¡Golpea, Elena mía! ¡Desgraciado de mí!
¡Más frío que en el cuerpo tengo en el corazón!

¡Ah, nó! ¡Démosle música para hacernos sentir!
 ¡Caramba! se me han roto dos cuerdas al templar.
 Tañe la pandereta.... ¡Esto es para morir!
 ¡Elena, me han sangrado los dedos de arañar!—

Música desacorde, propia de la laceria.
 Llega hasta los oídos del señor potentado.
 —Anda a ver quién se anuncia. Ha de ser la miseria.
 ¡Diablo, siempre se expone con un són destemplado!—

Volviendo la sirvienta:— Un ciego... una mujer...
 —¡Qué se vayan!—Rodolfo, ¡cómo los has de echar?
 Nó, no es posible.—¡Qué entren!— Yo los tengo de ver.
 Pobrecitos...—¡Por tí siempre algo ha de pasar!

Entraron, precedidos por la buena señora;
 Al calor de la lumbre lograron un asiento.
 —Dadme la mano. Quiero besarla...—Por ahora
 Procuren calentarse y echar un alimento.

—¡Ah, cómo esas palabras aroman mis oídos!
 ¡No han muerto, por fortuna, las almas de jazmín!
 ¡Siempre, cuando topamos con pechos bien nacidos,
 Recordamos la perla que brilla entre el hollín!

Vos me curáis, señora, con bálsamo precioso,
 De una herida profunda que muerde mi existencia.
 Tuve un hijo, hace mucho, que confirmó ser oso.
 Yo siempre fuí cordero. ¡Oh maternal sentencia!

Mi madre, en sus transportes, cuando el ciego veía,
 Solía repetirme.— “Yo te hice un recental...
 Otras hacen un oso...” ¡Mi madre no sabía
 Que el oso puede ser la nutriz de su mal!

El hijo se me fué. Nunca lo pude hallar.
 Ya entenderéis, sin ojos... ¡cómo encontrar sin ver?
 Yo nunca lo maldije... ¡aun sabré perdonar
 Al que dejó sin pan a un ciego y su mujer!

Elena es una santa. Es ésta. Yo tenía,
 Cuando la conocí, dos ojos para ella.
 La elegí por esposa a la luz de un gran día,
 Y relumbró en mi casa su claridad de estrella.

Nació el hijo anhelado. Yo me fuí a trabajar.
 Interné en una mole una engañosa mecha.
 Estalló en un descuido... ¡Ciego vine a quedar!
 ¡Mi vida, cual mi rostro, quedó, entonces, deshecha!

¡ Y ese hijo, nacido el día en que cegué,
Después de haberme dado con su favor el pan,
Sin palabras... sin besos... ¡ingrato! se me fué!...
Perdonad la historieta, si os resulta un desmán.

Los últimos cuidados extrema la señora;
Y después se retira, satisfecha de haber
Puesto al vacío búcaro que su alma atesora
La flor propiciatoria de un cumplido deber.

¡ A veces la corona de alguna reina brota
Un corazón sensible en una perla rota!

V

Manuel, habedme albricias...—(1) ¿Qué has visto?—Alegrate.
Al cruzar por el patio al interior miré
De una pieza en que había una mesa de fiesta...
—¡ Coronada, sin duda, por nuestra linda orquesta!

—Calla. Junto a la mesa estaba muy inquieto
El señor de la casa, que una copa oprimía;
El que, al vernos pasar, con un porte discreto,
Se encontró con mis ojos.—Mujer, ¡qué no diría!

—Manuel, ese señor se dió vuelta encendido;
El fondo de la copa sondeó espeluznado.
¡ Tal vez allí sus ojos todo un tiempo ya ido
Han visto!—¡ Acaba pronto, que estoy desesperado!

—El dueño del palacio; el señor del festín;
El que ostenta tesoros y esplendorosidad,
Es ¡quién te lo dijera! Rodolfo el Lazarín.
—¿ El hijo?—¡ El hijo nuestro!—Elena, ¿eso es verdad?—

—El corazón de madre no engaña cuando ve.
¡ Te juro que es el mismo!—¿ El mismo? El mismo nó.
Esto no es pandereta ni triángulo...—Lo sé;
Pero es la carne misma que mi vientre engendró.

—Elena, esto me asusta, me impone, me anonada.
Esto es nacer de nuevo. Callémonos los dos.
¿ Hay el azul lejano que yo ví en su mirada?
¿ Será él? ¡ Dílo, Elena!—Es sí.— ¡ Gracias, mi Dios!

(1) El autor se da cuenta de que está en segunda persona del singular; pero ve que esta exclamación por la doble expresión de castellana y espontánea es insustituible.

Guardemos el secreto. Si Dios quiere, mañana
Al marchar, trataremos de despedirnos de él,
A fin de agradecerle su *caridad cristiana*...
Y entonces, yo hé de hablarle. ¡ Voy a ser *don Manuel*!

Hoy durmamos, soñemos. ¡ Esta noche es un día!
Los recuerdos tocados reconstruirán los hechos;
Revivirá la historia de tu vida y la mía;
Y el corazón, de nuevo, nos bailará en los pechos.

VI

El lazarillo anémico—limonero de antaño,
Es otra cosa hogano.
De intérprete y actor fué escalando audazmente,
Hasta que, dueño, al fin, de secretos triunfales,
Jugó con capitales,
Haciéndose empresario y aurífero potente.

Sólo un recuerdo hosco a veces sacudía
El vino de su orgía:
Al dar un atrevimiento solía en ocasiones
Topar con algún ciego por las calles. ¡ Y aquello
Le erizaba el cabello!
¡ Creía ver al padre gimiendo maldiciones!

Entonces, al conjuro de la visión ingrata,
Un tropel se desata
De inculpación, de iras,—¡ desprecio a su opulencia!—
Y el oro, deslustrado, se trocaba en pedrisco,
En zarzal, en mordisco,
¡ Qué los ojos de un ciego miran en la conciencia!

La noche en que llegaron los trágicos romeros,
Con rasgos lastimeros
Contóle su consorte *la historia del mal hijo*;
Y él, sin dudar lo claro de aquella aparición,
Mantuvo el corazón
Opreso por la garra de un pensamiento fijo.

—Rodolfo: quieren verte antes de...—Nó, mujer.

Yo no los quiero ver.

—Pero, ¿ cómo? Es muy justo.... Míralos ya... los dos...

Yo los hice venir. Se van. Quieren besar

La mano tutelar

Que ha cumplido con ellos un mandato de Dios.

VII

Es la sala un arcón de mil preciosidades:
 Bustos marmóreos, cuadros,—genios, celebridades;—
 Alcatifas arábigas y pérsicas alfombras;
 Trípodas con sus búcaros de polieromas flores;
 Artesones costosos; múltiples resplandores
 De recamos que ofuscan el alma de las sombras.

Toda una esplendidez de detallista esteta.
 Más que para un ricacho, era para un poeta.
 Bien es verdad que éste, por viejo fatalismo,
 Aunque ladre de hambre, todo lo ve mejor:
 La fantasía crea; el genio da color;
 Y edifica palacios únicos en sí mismo.

—Buenas tardes de Dios,—dice el ciego al entrar.
 Elena le presenta la mano del señor.
 ¡Cuándo sintió la mano del hijo vió temblar
 Los ojos de Rodolfo con un bruseo temblor!

Ella le reconoce con toda exactitud.
 Los rasgos son los mismos. ¡No ha hecho más que crecer!
 El, bien los reconoce. Su gesto de acritud,
 Su confusión, su modo misterioso de ver...

¡Cómo domina Elena su corazón materno!
 ¡Las ansias interiores quisieran quebrantar
 Los bronceíneos obstáculos de aquel tensivo infierno!
 ¡El alma se revuelve por salir a besar!

Y habla el ciego:—Señor: Gracias por el regalo.
 Tan bien lo hemos habido, que ocultarlo es pecar.
 No siempre los palacios pertenecen al malo...
 Don Rodolfo; mil gracias! ¡te has sabido portar!—

¡Qué escena! Aquella madre rompe en llanto copioso;
 El ciego abraza al hijo. La señora aterrada,
 Grita, saliendo al patio:—¡Los padres de mi esposo!
 ¡Rodolfo, el lazarillo de la historia contada!

El infame, tragando la hiel de su zozobra,
 Se desprende del ciego, mas lo abraza su madre.
 Y entonces dice a ella:—¡Mujer, esta es tu obra!
 —¡Hijo,—exclama ella sorda al reproche,—es tu padre!

—Mi padre, no lo niego... Tú, mi madre... también.
 Pero hoy es imposible la miserable unión.
 Yo soy algo, y ustedes.... son nada, ya lo ven...
 Si quieren un albergue, yo les daré un rincón.

Nunca dirán a nadie que de ustedes nació;
Por caridad tan sólo en mi casa estarán;
 Nada podrá faltarles, estando junto a mí;
 Los dos en la cocina mis sobras comerán.—

Cual si un rayo rozara el corazón del ciego,
 Se retiró del hijo, a punto de caer;
 Y apoyado en su báculo, con vocear de fuego,
 Gritóle:—¡Hijo de loba, y nó de mi mujer!

Yo nada te hé pedido, aunque soy pordiosero,
 Y siempre procuramos la ayuda en la familia.
 Un reo de su sangre es más que un limosnero.
 ¡Prefiero a tus piltrafas mi constante vigilia!

No me llares tu padre. De hoy más te olvidaré.
 Yo no te reconozco, ilustre señorón.
 El día en que naciste para siempre cegué.
 ¡Hoy tu maldad me arranca de un golpe el corazón!

Vamos, Elena mía. La víbora nos muerde.
 Sin corazón, sin ojos... se comienza a morir.
 ¡Nunca más me lo nombres! ¡Nunca más lo recuerde
 Tu cariño de madre! ¡Olvidar es vivir!

Adiós, señor Rodolfo. Tus sobras son veneno.
 ¡Qué más dará una víbora? ¡Vámonos sin tardar!
 Dios te colme de bienes... ya ves... yo soy más bueno...
 ¡El fuego de tu sangre siempre te ha de quemar!

Mi guitarra es más rica que tu palacio todo.
 Mi báculo es apoyo más fuerte que tu amor.
 ¡Adiós, degenerado! ¡Idolillo de lodo!
 ¡Más sano que tu orgía es mi viejo dolor!

VIII

Es una tardecita propicia a la tristeza.
 Entre las grietas plúmbicas de un cielo convulsivo,
 Agita por intervalos su tremente cabeza
 Una estrella que atisba con destello expresivo.

El viento puebla el amplio vacío del espacio,
 Y es un potro del vértigo que las nubes ensillan;
 Y sus imprecaciones golpean el palacio,
 Rebramando estridencias que muerden y mancillan.

El ricacho, tendido en la cama, las siente,
 Las descifra, las palpa, que le muerden el pecho.
 Una helazón de pánico le agarrota la frente,
 Y sus dedos se clavan en las sedas del lecho.

Ténue franja rojiza muestra al sol que se hunde
Tras de la línea pálida del marino horizonte;
La sombra, poco a poco, por los picachos cunde,
Y desdobra sus telas en las faldas del monte.

Ascienden con penuria al cerro divisorio
De la ciudad y el campo, y del campo y el mar.
Allá, lejos, la aldea parece un promontorio
En la penumbra de la luz crepuscular.

¡Casi de arrastre, hincando las uñas, rojeados.
Por la sangre que exudan las heridas abiertas,
Se acercan a la cúspide pedregosa, asediados
Por aves y murciélagos y negruras inciertas!

—Elena... ¡cómo cuesta ascender a la cumbre!
Los pies se me encadenan... ¡me es duro caminar!
¡Qué viento el de estos cerros! ¡parecen la quejumbre
De un gigante que ruge al caer en el mar!

¿Ya llegamos, Elena?... No siento que haya arriba...—
—Sí, Manuel. Pero, ¿sabes lo que de aquí se ve?
—¿Qué, mi Elena?— —¡El palacio!—Me falta la saliva...
Si no un escupitajo... —¡Oh, qué ingrato que fué!—

—Pónme el brazo derecho en dirección... Así...
Ténme el báculo un rato. ¡Cueva de viborón!
(¡Qué me ahogo, mi Elena! ¡Qué me ahogo, ay de mí!)
Recibe, con mi vida, mi eterna maldición!—

¡Arqueando las piernas; al aire la guitarra
Que el viento en una ráfaga fatal hizo gemir,
Cayó de lo más alto del cerro, hecha una garra
La mano que oprimiera el mástil, al morir!

Con pesadez rodando, su cuerpo fué obstruído,
Y engarzado en resaltes de unos tramos riscosos.
¡Allí vino a llorarle el último latido
Que convivió en su pecho los días antañosos!

Despedazado el rostro; los andrajos sangrientos,
De las órbitas secas bruscamente saltaron
Dos igníferas lenguas,—¡dos luminare cruentos!—
Que al palacio maldito los vientos impulsaron.

Cayeron por el patio a la alcoba del lujo;
Inflamaron las telas, los muebles y artesones;
Levantó sus mil alas el incendio al influjo
Del viento macizado de roneas maldiciones.

Rodolfo, en estatismo, desconcertado, loco,
De espanto, paralítico, se disforma en las llamas;
Y el fuego lo relame, y envuelve, poco a poco,
En sayo de cenizas con azules escamas.

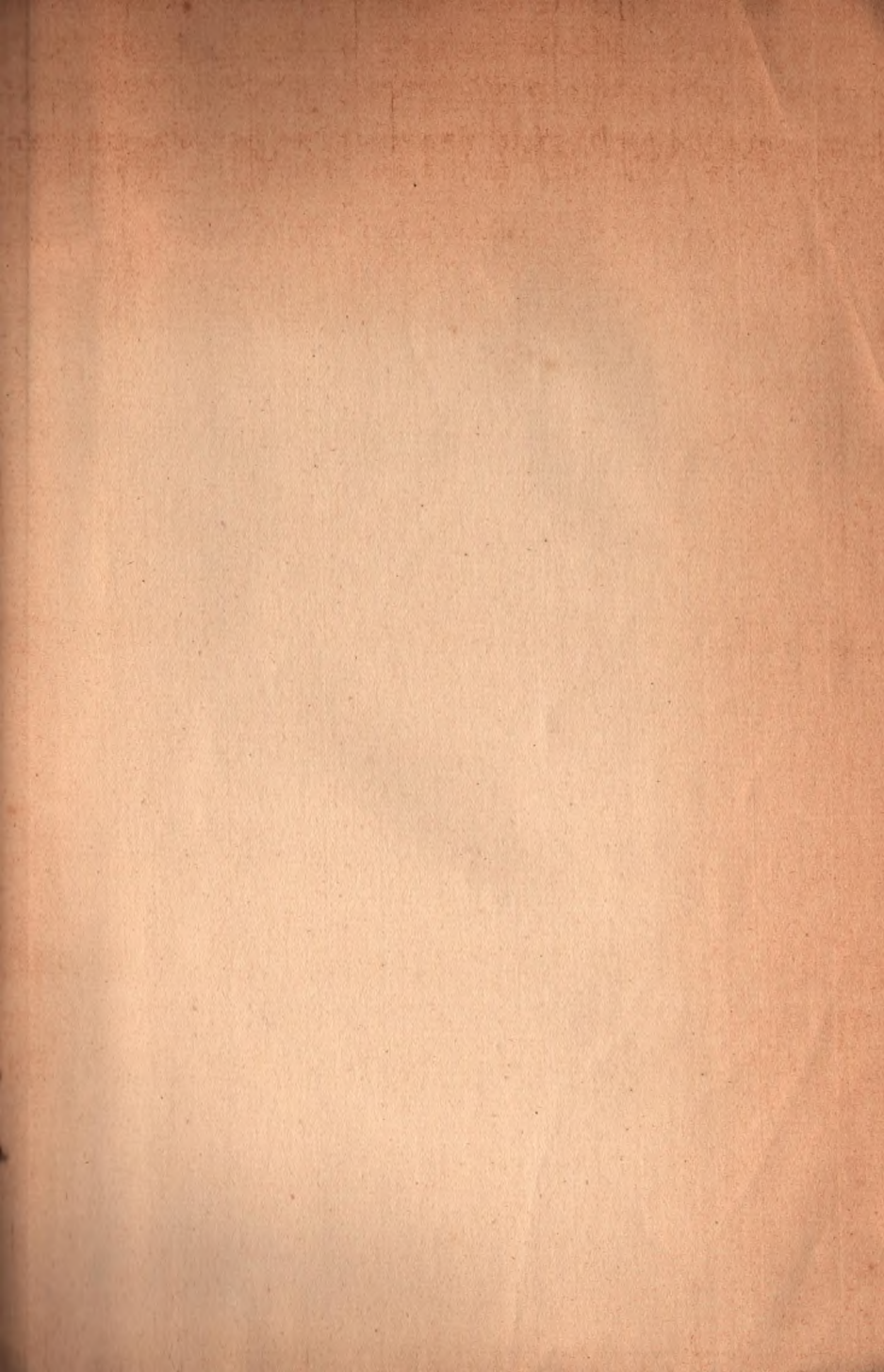
Al resplandor macabro, el ciego, de allá lejos,
Empotrado en el medio del monte, señalaba,
Con el índice trémulo por rojizos reflejos,
El palacio en que el fuego su hartura vomitaba.

Y esta historia o conseja que yo quise trovar,
Una abuela a la vera de la lumbré del llar,
Me la dijo una noche con palabras remotas,
Propias para el engaste de esas vidas ignotas
Que fueron a través de la leyenda halladas,
Oídas de una forma, y por otra contadas...

Fina.

Agosto y Septiembre de 1914.





Jose Enrique Ros